



Josep Miquel Sobrer en la presentación de 'Desfer les Amèriques' XAVIER CERVERA

Documento Un inteligente y desprejuiciado conjunto de textos sobre la sociedad y la cultura

América y la tribu catalana

JULIÀ GUILLAMON

Josep Miquel Sobrer (Barcelona, 1944) se define como un catalanista desarraigado, escéptico y atacado de misantropía, partidario del flirt (entendido como una apertura amorosa que no pasa a mayores) y, en general, de los caminos que no llevan a ninguna parte, "sempre irònic i bon jan, sorprès per la fauna humana, però mai pres per sorpresa". En 1968 se fue a estudiar a Estados Unidos y actualmente es profesor de la Universidad de Indiana. Gran lector de *The New Yorker*, refractario a la televisión, es un observador despierto de la sociedad del espectáculo que disecciona en los periódicos (en inglés, en *The Herald Times*).

Desfer les Amèriques reúne una serie de ensayos y *nòtulas* de crítica de la cultura y de las ideas sociales, organizadas en forma de diccionario. Sobrer moraliza sobre las costumbres americanas: la

Profesor en Indiana, Josep Miquel Sobrer dedica atención al Ku Klux Klan, la guerra de Bush o el 'caganer'

arquitectura por catálogo, la caridad por correo, la propaganda electoral y el Ku Klux Klan. Dedicó una atención especial a las guerras y a la guerra de Bush II (que, siguiendo a Pla, considera un conflicto por la propiedad). También trata de la tribu catalana y sus emblemas (el *caganer*, la sardana, el porrón y el charnego), con observaciones antropológicas en el género medio marciano, al estilo de Els Joglars en *M7 Catalònia*. Finalmente, compara usos y costumbres de uno y otro lado de la *bassa* (el café, los pendientes, los malandrines y la manera de acicalarse las señoras). Aunque el tono es siempre especulativo y ensayístico hay una presencia discreta de elementos autobiográficos (muchos de los textos llevan la fecha del 2003: a punto de cumplir los sesenta). Evoca la vida en una masía de El Papiol (el contacto con un mundo directo y constante, sin lujo ni necesidad, opuesto a las visiones de la naturaleza atávicas o arbitrarias de modernistas y orsianos). Y también del Po-

blenou, donde sus padres regentaban una pastelería. ¿Será la pastelería Tomás que a finales de los setenta, en unos años de escasez de moneda fraccionaria, encunó varias series de pesetas de lata? Si es así encajaría perfectamente. Sobrer sostiene que el carácter catalán se caracteriza por la irreverencia y defiende la *conyeta* como un humor de guerrilla, testimonio de vitalidad cultural, antítesis oportuna de las exaltaciones místicas y de la gravedad pedante.

Sobrer concibe sus textos como ejercicios, a medio camino de la reflexión matizada por la ironía y la pirlueta brillante. Utiliza ejemplos de la vida cotidiana, como el del perro que se enreda en un palo de teléfono, que le permiten especular sobre los límites del conocimiento. Toma como pretexto la moda del chocolate a la taza o la costumbre de los músicos de concierto de tocar vestidos de frac para reescribir páginas de la historia de la cultura, medio en broma, que recuerdan a Woody Allen y a su famosa invención del *sandwich*. En la misma línea, inventa un diálogo imposible entre la esposa de Karl Marx y una amiga inglesa, en el mercado de Coven Garden, sobre la dictadura del proletariado, y comenta el éxito de una revista de chismorreos, *People*, en divertidas parodias (él utiliza el término medieval *contrafacturas*) de Gandhi, Freud, Nietzsche, Karl y Groucho Marx. La etimología y cambio de sentido de las palabras le interesan sobremanera (por ejemplo, *patum*, que pasa de designar a la figura canónica a incorporar una connotación denigrante, que Sobrer interpreta como una nueva manifestación de nuestra idiosincrasia que tiende a minar el mito).

Lo catalán se ha definido, en relación a España, como *lo otro*. Josep Miquel Sobrer cita unas cuantas veces unos versos de Carner: "Com mai tindrem sacerdot ni altar / si dels estranys bevem en les cisternes / i un d'altra parla ens cou el pa?" Frente al abuso del adversativo propone que los catalanes olvidamos la abnegación y la negación y que levantemos el estandarte de nuestra libido. *Desfer les Amèriques* es un libro que predica con el ejemplo. Desprejuiciado, persuasivo, rezuma inteligencia y se lee con avidez. |

Josep Miquel Sobrer
Desfer les Amèriques

GALERADA
240 PÁGINAS
15 EUROS

Caso Corella

XAVIER BRU DE SALA

En nuestro tejido de la danza, formado por compañías de creación contemporánea con brillante trayectoria, Corella era una bomba

Felizmente, según el mundo de la danza catalana, Ángel Corella ha aterrizado cerca de Madrid. Creo que también para el propio bailarín, es mejor tener una escuela en un no-ambiente que en un ambiente con bastantes posibilidades de llegar a serle hostil. ¿Llevan razón, o hasta qué punto la llevan, quienes presumen que la escuela dañaría el tejido de nuestras compañías de danza, uno de los más creativos e internacionalizados de la cultura catalana, si bien los medios de comunicación tienden a ocultarlo? De entrada, puede que sí. Los fondos de ayuda son escasos, a pesar de que han ido aumentando; la profesión es una de las más sacrificadas dentro del mundo cultural; el reconocimiento público, inmerecidamente cicatero. En este contexto, la aparición de una gran figura internacional contribuiría a eclipsar aún más a la ciudadanía este mundo brillante pero semioculto de la danza contemporánea, a la par que le sustraería unos fondos públicos imprescindibles, o por lo menos crearía un agravio comparativo. Con el añadido que los autores de las airadas protestas y los firmantes de las noticias suelen pasar por alto que Corella es un intérprete de creaciones ajenas, cual violonchelista o pianista, mientras nuestras compañías son creadoras de sus espectáculos (a ver si nos enteramos de una vez de que en la jerarquía artística, los creadores están por encima de los intérpretes, por grande que llegue a ser el diferencial de fama).

Aún así, habría aconsejado un apoyo explícito de nuestros contemporáneos a Corella. De esta manera hubiera destacado mejor el agravio y la administración se hubiera visto obligada a un reequilibrio. También los media a una atención que con bastantes posibilidades ayudaría a las compañías a contactar con más segmentos de su público potencial, sin duda más amplio del que actualmente les sigue. Además, algún día podría haberse producido algún tipo de maridaje o de influencia mutua creativa entre los intérpretes que

siguen la tradición y los creadores que la reinventan. A la vista del ambiente de prevención reinante, Mascarell ha hecho bien en escurrir el bulto y no enchufar el presupuesto a la aspiradora Corella. De lo que no estoy tan seguro es de compartir el suspiro de alivio, bastante mayoritario en el mundo de la danza contemporánea.

Ahora retrocedamos, porque aquí la Generalitat se ha visto implicada de rebote, sin comerlo ni beberlo. Quien ha fracasado, quien quería traer a Corella, es una parte de los aficionados, entre los que abundan quienes cuentan con un poder adquisitivo considerable o tienen capacidad para manejar los resortes de mecenazgo. Si los que ahora protestan, todos aficionados pero que yo sepa ni un profesional con trayectoria —y si no es así corregidme—, se hubieran sumado a las beneméritas iniciativas de quienes primero presentaron aquí a Corella, tal vez ahora habrían recolectado, si no todo, sí buena parte del dinero que se requería, de modo que la Generalitat pudiera hacer una aportación complementaria y poco significativa. Pero no ha sido así. La sociedad civil no ha sido capaz de seguir a sus líderes que planteaban la venida de Corella como una puesta de largo del mecenazgo cultural. Es contra ellos, los que pudiendo pagar a través de sus empresas no lo han hecho, que deben alzarse quienes ahora critican a la Generalitat. Si fueran mayorcitos, si tuvieran en algo su autoestima cultural, la escuela se abriría, según los planes iniciales, en Sant Feliu de Guíxols.

Antes de aventurarse a una próxima iniciativa, para evitar que acabe en fracaso, procede o bien limitar la ambición a la capacidad de respuesta de la —alta, en términos económicos— sociedad local, o bien sensibilizar primero a quienes deberían contribuir con su óbolo a la creación de espacios de alta cultura recreativa en un entorno que apenas si llega a proteger a los creadores que son su verdadera tradición, su tejido, su oportunidad de no ser provincia



El bailarín Ángel Corella en el festival de la Porta Ferrada

AGUSTÍ ENSESA